

LA ENCRUCIJADA DEL COMUNISMO ESPAÑOL DURANTE LA GUERRA CIVIL: EL PCE Y LAS CONTRADICCIONES DE LA CREACIÓN DEL PARTIDO ÚNICO DEL PROLETARIADO

The dilemma of spanish communism during The Civil War: The communist party of Spain and the contradictions of creating a single proletariat party

Josep PUIGSECH FARRÀS

jpuigsech@voc.edu

Departamento de Historia Moderna y Contemporánea de la Universitat Autònoma de Barcelona

BIBLID [0213-2087(2006)24;19-34]

Fecha de aceptación definitiva: septiembre 2006

RESUMEN: El presente artículo analiza las contradicciones que tuvo que afrontar el Partido Comunista de España ante el proceso de creación del partido único del proletariado español durante la Guerra Civil, a partir del marco generado por el VII Congreso de la Internacional Comunista. La teórica fusión del comunismo español con el socialismo topó rápidamente con el marco excepcional de la guerra civil y las contradicciones internas del propio movimiento comunista internacional. La incidencia y jerarquía de la Internacional Comunista en este proceso convirtió el territorio republicano en un auténtico paradigma de los límites entre teoría y práctica. Ciertamente, la voluntad teórica del movimiento comunista fue apoyar y potenciar su fusión con el socialismo durante todo el conflicto bélico. Ahora bien, la práctica fue distinta. Durante el primer tramo de la Guerra Civil, aproximadamente hasta mayo de 1937, la fusión proletaria se acabó materializando en una franja del territorio republicano, pero fue desautorizada y deslegitimada rápidamente por la dirección comunista española y por la propia Internacional

Comunista. No obstante, el movimiento comunista rectificó parcialmente esta dinámica a partir de los Sucesos de mayo de 1937, aunque no fue suficiente para acortar la distancia entre teoría y práctica, más aún cuando aumentaron las reticencias del campo socialista a la fusión. Así, pues, el final de la guerra se tradujo en un proceso de fusión estatal totalmente encallado y con pocas perspectivas de materialización, que culminaba su tortuoso devenir durante los tres años de guerra civil.

Palabras clave: Partido Comunista de España, Internacional Comunista, Frente Popular, partido único del proletariado, fusión.

ABSTRACT: This article analyses the contradictions that the Communist Party of Spain had to confront in the process of creating the single party of the Spanish Proletariat during The Civil War, within the frame of the Comintern's 7th Congress. The theoretical fusion of Communism and Socialism soon stumbled on the Spanish Civil War and on the own contradictions of the International Communist Movement. The influence of the Comintern in this process made the Spanish Republic become a battlefield between theory and practice. In theory, the Communist Movement wanted to join forces with Socialism throughout the war, but that was not put into practice. In the first months of the war, until May 1937, the fusion was successful in some area of the republican territory, although without the approval of the Spanish Communist Head Office and the Comintern. From the 1937 May events onwards, however, the Communist Movement partly rectified this policy. But this wasn't enough, considering also the increasing opposition of Socialists to that fusion. Consequently, at the end of the war the fusion process between Socialism and Communism got completely stuck and with no favourable prospects.

Keywords: Communist Party of Spain, Comintern, Popular Front, single proletariat party, fusion.

LA POSICIÓN DEL PCE ANTE EL 18 DE JULIO

Difícilmente se podrá discutir que el estallido de la Guerra Civil española respondió a un amplio conjunto de causas estructurales y superficiales, que han sido revisadas ampliamente por la historiografía aprovechando el horizonte del setenta aniversario del inicio del conflicto bélico¹. Ahora bien, no es menos cierto, aunque sí menos conocido, que dicho enfrentamiento también generó un marco propio, sobre el cuál se afrontó la resolución de diferentes aspectos vinculados a las organizaciones políticas y sindicales protagonistas de la guerra. Nuestro artículo se propone incidir precisamente en uno de estos aspectos. A saber, el proceso de creación del partido único del proletariado español, inserido en el doble marco de la guerra española y el contexto frentepopulista establecido por

1. En este sentido merecen ser mencionadas las más recientes revisiones/reinterpretaciones realizadas por la historiografía anglosajona, a través de GRAHAM, H.: *Breve historia de la guerra civil*. Pozuelo de Alarcón: Espasa Calpe, 2006, 211 pp.; y PRESTON, P.: *La Guerra Civil española*. Barcelona: Debate, 2006, Tercera edición, 387 pp.

el VII Congreso de la Internacional Comunista (IC). Por ello, el protagonismo del artículo aparece compartido entre el movimiento comunista español, representado por el Partido Comunista de España (PCE), y su autoridad jerárquica superior, la ya citada IC.

Ciertamente, el VII Congreso de la IC había asentado las bases de una rectificación parcial de la cultura comunista de la época, ante el fracaso de la táctica *Clase contra clase*. Esta última había conducido al movimiento comunista internacional a un claro retroceso, paralelo al creciente expansionismo de la ideología fascista en diferentes territorios europeos y al temor de una guerra de éste contra la Unión de Repúblicas Socialistas Soviéticas (URSS)². La IC acabó apostando por un cambio de estrategia ante esta situación. La aparición del frentepopulismo en agosto de 1935 implicó dejar de considerar la revolución proletaria como una premisa fundamental del movimiento comunista, postergando así la columna vertebral de la ideología triunfante en 1917. La rectificación frentepopulista ubicaba su prioridad en evitar la expansión y el acceso del fascismo al poder, en la medida que este último era percibido como un potencial agresor, primero de la URSS y, posteriormente, de las democracias liberales occidentales (especialmente Francia y Gran Bretaña). El mecanismo para hacerlo efectivo era una aparentemente sorprendente colaboración de comunistas, socialistas y liberales republicanos, sustentada bajo un doble giro en los preceptos comunistas. Por un lado, el compromiso de los diferentes partidos comunistas de no formar parte de los nuevos gobiernos frentepopulistas, ni tampoco de intentar asaltarlos posteriormente. Ello suponía un golpe frontal al espíritu revolucionario del movimiento comunista, motivo por el cuál fue enmascarado para sus militantes como una muestra del compromiso con el espíritu revolucionario comunista en la medida que se negaba a participar en la gestión del sistema liberal. Y, por otro lado, la rectificación de la clásica concepción de la democracia burguesa, que dejaba de ser considerada un instrumento de la burguesía para enmascarar su dominio de clase, para pasar a considerarla un paso necesario en el avance hacia el socialismo. La materialización del ambicioso y polémico proyecto del Frente Popular se planteó en una doble línea: 1) Crear sindicatos unitarios mediante un proceso de unidad sindical proletaria; 2) llevar a cabo la creación del partido único del proletariado en cada estado del mundo, mediante la unidad orgánica de socialistas y comunistas en un único partido marxista³.

2. Un excelente análisis de esta táctica se encuentra en HÁJEK, M.: *Historia de la Tercera Internacional. La política de frente único (1921-1935)*. Barcelona: Crítica, 1984, pp. 171-255.

3. Una aproximación detallada a los principios frentepopulistas puede consultarse a través del clásico HAJEK, M.: *Historia de la Tercera...*, pp. 311-329. Una visión general renovada, aunque con cierta polémica interpretativa, complementada con un estudio sobre su aplicación al caso español, puede seguirse en ELORZA, A. y BIZCARRONDO, M.: *Queridos camaradas. La Internacional Comunista y España, 1919-1939*. Barcelona: Planeta, 1999, pp. 238-259. En una línea similar, aunque con un mayor grado de síntesis, véase KOWALSKY, D.: *La Unión Soviética y la Guerra Civil Española*. Barcelona: Crítica, 2004, pp. 21-23.

Así, pues, el marco general que definía la nueva dinámica del movimiento comunista internacional quedaba perfectamente delimitado. Pero, ¿cuál sería el nivel de aplicación en el caso concreto de España?

No es ningún secreto que la trayectoria frentepopulista en España funcionaba a un buen ritmo desde febrero de 1936, desde la perspectiva de la dirección del PCE y la propia IC. Moscú había aprovechado el éxito electoral de la coalición del Frente Popular en España para sondear la viabilidad del proceso de creación del partido único del proletariado. Al fin y al cabo, España se había convertido en un excelente banco de pruebas de cara a la materialización de la táctica del Frente Popular, hasta sus últimas consecuencias. Los resultados de febrero obligaban al PCE y la IC a ir más allá de la simple coalición electoral. Por ello, el camino no podía ser otro que el acercamiento del comunismo al ala izquierda del Partido Socialista Obrero Español (PSOE), este último bajo dirección de Francisco Largo Caballero. La citada tarea se complementaba con un trabajo paralelo entre las juventudes comunistas y un creciente acercamiento de los pequeños grupos sindicales comunistas a la Unión General de Trabajadores (UGT)⁴.

A partir de esta base, la opinión que se podía esperar del PCE y la IC ante el estallido de la Guerra Civil era bien clara. Apostaban por seguir el camino que se había trazado desde febrero de 1936, es decir, continuar la línea de contactos que se habían establecido entre las formaciones socialista y comunista. Nada más. En ningún caso se mascaba en el ambiente una hipotética aceleración de estos contactos y, por lo tanto, menos aún el nacimiento del nuevo partido del proletariado español. La voluntad del comunismo español era que su aparición debería ejecutarse en un plazo de tiempo relativamente lejano, indefinido para ser más precisos. Argumentos no faltaban.

Jesús Hernández, alto cuadro directivo del comunismo español, así lo manifestó abiertamente al número uno de la IC, el búlgaro Georgi Dimitrov, y a uno de sus principales lugartenientes, Andrei Losovski. La presencia del español en la capital de la URSS respondía a una reclamación que habían realizado las autoridades internacionalistas para llevar a cabo un exhaustivo estado de la cuestión sobre la salud del movimiento comunista en España. Obviamente, incluía el devenir de los contactos entre PCE-PSOE, motivo por el cuál se convertía en el último gran contacto directo de la dirección comunista española con la cúpula de la IC antes del estallido de la Guerra Civil⁵.

Hernández reconoció, después de la preceptiva y previsible constatación de la «[...] justeza de la línea de la I.C. aplicada a nuestro Partido»⁶, que el PCE estaba trabajando en el camino de la unificación proletaria. No obstante, aseguró que los

4. Consúltense ELORZA, A. y BIZCARRONDO, M.: *Queridos camaradas...*, pp. 261-279.

5. El informe completo de Jesús Hernández, sobre el cuál se basó su posterior entrevista con Dimitrov y Losovski, corresponde a la siguiente referencia documental: «La situación de España después de la victoria del Frente Popular», 25-5-36, en Archivo Estatal Ruso de Historia Sociopolítica (RGASPI), Fondo 495, Circunscripción 2, Caso 225. Por otro lado, la entrevista entre estos tres protagonistas, puede consultarse en «Sin título», mayo de 1936, en RGASPI, F. 495, C. 2, C. 225.

6. «La situación de España después de...», p. 21.

contactos con el socialismo español eran incipientes. Pero, además, añadió que estaban lejos de llegar a buen puerto, atribuyendo la responsabilidad de ello a la dirección socialista. Mientras tanto, los únicos desaciertos que atribuía al PCE eran ciertas incomprensiones ante el factor nacional vasco y catalán, que acaban dificultando la buena conexión de esas filiales regionales con la dirección estatal española.

Dimitrov y Losovski tuvieron conocimiento que los contactos establecidos con el PSOE se habían realizado siguiendo las líneas preceptivas establecidas por el VII Congreso de la IC, o sea, con el sector largocaballerista. Hernández no tenía ninguna duda de quién debía ser el blanco de la alianza:

[...] las fuerzas fundamentales del Partido Socialista, las más proletarias y los cuadros más ligados con la base son innegablemente las que siguen a Largo Caballero... ha de ser con estas fuerzas con las cuales hemos de crear el partido único revolucionario del proletariado en España... son ellos los que han logrado y facilitado la fusión de la C.G.T.U. con la U.G.T., los que han facilitado también la fusión de las Juventudes comunistas y socialistas. En su programa está contenido el deseo de lograr el partido único del proletariado, y no ocultan su simpatía hacia la Internacional Comunista⁷.

La base de apoyo había sido detectada perfectamente. Pero, al mismo tiempo, se habían localizado las principales hipotecas para el éxito de esos contactos: el sector prietista y besteirista. El primero era considerado centrista, mientras que el segundo derechista, motivos por los cuales alejaban a una notable base militante socialista del proceso de creación del partido único del proletariado. Además, a estas dos fracciones se las consideraba huérfanas de formación política y, lo que era peor, con voluntad de intensificar una campaña fraticida dentro del PSOE para minar la presencia largocaballerista y torpedear los contactos con el PCE. Hernández llegó a asegurar que con esta dinámica existía un peligro inminente de desintegración del PSOE. Por ello, el comunismo español había centrado sus esfuerzos en intentar impedir la desaparición del partido socialista. El citado objetivo se llevaba a cabo a través de tres campos de acción, dirigidos fundamentalmente a las bases socialistas: 1) Difundir públicamente el apoyo del movimiento comunista español al sector largocaballerista, a través de *Mundo Obrero*; 2) promover la depuración de todo el ala besteirista, así como del sector prietista proclive a mantener lazos con Besteiro; 3) tender ampliamente la mano al largocaballerismo, mediante congresos internos de ambas formaciones que posibilitasen los contactos directos y, con ello, se generasen unas bases sólidas de cara a la fusión socialista-comunista.

El resultado de los contactos entre Hernández, Dimitrov y Losovski fue corroborado rápidamente por el conjunto de la dirección del PCE, como no podía ser de otra manera⁸. La plana mayor del partido español se manifestó

7. «La situación de España después de...», p. 22.

8. «Decisión sobre la cuestión española», 7-6-36, en RGASPI, F. 495, C. 10a, C. 205.

abiertamente favorable al proceso de creación del partido único del proletariado, pero insistió en la necesidad de hacerlo siguiendo las normas elementales establecidas por la IC, especialmente el hecho que el PCE debía ser el eje del futuro nuevo partido unificado y que la citada fusión no debía realizarse inmediatamente. Para ello, aportó un doble argumento: 1) El principal, la inmadurez del socialismo español. El PCE constató que su compañero de negociaciones presentaba una preocupante confusión ideológica, traducida en la no asunción de los principios frentepopulistas. Por ello, el comunismo español reclamaba la continuación del trabajo de difusión de los principios frentepopulistas en el seno del movimiento socialista; se comprometía a llevar a cabo un mayor acercamiento y trabajo dentro del ala izquierdista del PSOE; y exigía a este último una mayor precisión a la hora de conceptualizar la futura revolución española, bajo los dictámenes del VII Congreso de la IC. Por todo ello, la cúpula comunista española exigía que el PSOE se transformase siguiendo la línea largocaballerista. Y en el hipotético caso de llegar a una escisión dentro del PSOE, la opción a seguir debería ser el fortalecimiento de los lazos con el sector largocaballerista, pero también con el prietista que se hubiese radicalizado (a diferencia de lo que había planteado Hernández días atrás, aunque no dejaba de ser un aspecto de matiz). Complementariamente, reclamaba la depuración en las filas del PSOE de todos aquellos elementos considerados reformistas reaccionarios, enemigos de la unidad de la clase obrera y del Frente Popular; 2) el secundario, pequeñas debilidades internas del propio PCE. La dirección comunista española, que hacía oídos sordos a los problemas reconocidos por Hernández con las filiales regionales en Euskadi y Cataluña, asumía el compromiso de realizar un continuo e intenso trabajo de formación ideológica de sus diferentes cuadros, especialmente los medios, ya que éstos requerían una mayor dosis de formación ideológica y un mayor contacto con los cuadros sindicales comunistas que presentasen una mayor experiencia. Si se cumplían estas tesis, aseguraban a sus superiores de la IC que se llegaría a la obsesiva formación sólida de los cuadros de todo buen partido comunista y, a partir de aquí, se generaría el colchón necesario dentro de las filas comunistas para afrontar con éxito la creación del partido unificado del proletariado.

Las tesis expuestas no ofrecían ningún tipo de dudas:

[...] En vista de la gran confusión ideológica que reina todavía en el seno del Partido Socialista en general y también en su ala izquierda, es necesario continuar y reforzar la campaña de esclarecimiento ideológico sobre las cuestiones fundamentales de la revolución española, así como sobre la plataforma del futuro partido único. Es necesario tener en consideración que *el eje de semejante partido revolucionario no puede serlo más que el partido comunista y que esto requiere grandes esfuerzos para fortalecer los cuadros de nuestro partido, completándolos principalmente con los militantes sindicales más activos, más experimentados y más revolucionarios.*

Al realizar esta tarea de creación del partido revolucionario es necesario no perder de vista que esta fusión constituirá un ejemplo histórico de unificación, que ejercerá gran influencia en la creación del partido único en los demás países y que, también por esta razón, es necesario tratar esta cuestión con toda responsabilidad⁹.

LA ENCRUCIJADA HACE SU ACTO DE APARICIÓN: JULIO 1936-MAYO 1937

Pero el comunismo español debió hacer frente a un nuevo contexto imprevisto e indefinido después de sobreponerse a la sorpresa y el desconcierto inicial generado por el fracasado golpe de estado de los militares. No era ningún secreto que el proceso de creación del partido único del proletariado español estaba pensado dentro de un marco liberal-parlamentario, tal y como acabamos de ver. Por ello, los días inmediatamente posteriores al fracaso del golpe militar abrieron la puerta a la línea que seguiría el PCE hasta los sucesos de mayo de 1937.

El marco teórico establecido se caracterizó por la continuidad con la línea expuesta el 18 de julio de 1936. PCE e IC seguían apostando por la continuidad en el trabajo de cara a la fusión estatal entre socialistas y comunistas. Al fin y al cabo se jugaban mucho, no sólo a nivel nacional, sino también internacional. Primero, una gran prueba de credibilidad ante el conjunto del movimiento obrero internacional y los gobiernos liberales occidentales, respecto al compromiso del PCE y la IC con las diferentes cláusulas del VII Congreso de la IC. Y, segundo, un notable interés estratégico para los intereses del movimiento comunista internacional y la URSS, en la medida que el encajonamiento del movimiento socialista en un partido resultado de la fusión con los comunistas, garantizaba el control de los primeros respecto a los intereses políticos del PCE, la IC y la URSS en la zona republicana española.

En definitiva, el discurso teórico no presenciaba ninguna alteración después del 18 de julio de 1936. Pero, en el caso práctico no sería así. La voluntad del movimiento comunista español en éste último aspecto fue abandonar taxativamente cualquier posibilidad de ejecutar la fusión proletaria a corto plazo, por pequeña que fuera, dejándola totalmente congelada en el tiempo. La lógica de este cambio de opinión se encontraba en el nuevo contexto generado por el inicio del conflicto bélico español. Sin lugar a dudas, el inicio de la Guerra Civil había situado la prioridad comunista en la concentración de los recursos disponibles de cara a ganar el conflicto armado. El proceso de creación del partido único del proletariado español no se correspondía con esta prioridad. No resulta necesario entrar en el famoso debate sobre la guerra y/o la revolución para recordar cuál fue la posición comunista sobre el citado tema. Ahora bien, sí que merece destacarse el hecho que los fusiles y las bombas sublevadas relegaban a un segundo término los grandes dogmas teóricos y los programas universales de

9. «Decisión sobre la cuestión española», pp. 7-8.

solidaridad obrera diseñados desde Moscú. Ahora, la prioridad en España era afrontar el devenir de la incipiente guerra civil. Así de simple. En todo caso, la evolución de los sucesos armados dictarían el momento de reemprender los contactos de cara a la fusión con el movimiento socialista.

El contexto interno español enroscaba al PCE en una auténtica encrucijada entre teoría y praxis. Desde el punto de vista teórico, la situación creada a partir del fracaso del golpe militar era muy favorable para ejecutar definitivamente la fusión comunista-socialista. El VII Congreso de la IC había recogido y expuesto a los cuatro vientos la unidad proletaria contra el enemigo fascista. Entonces, ¿qué mejor contexto para ejecutarlo que una España republicana que se enfrentaba al bando de los militares sublevados, considerados fascistas; y que contaba con el añadido de una población notablemente eufórica en aras de la lucha contra el enemigo considerado fascista?

Pero la realidad no fue ésta. La prueba más evidente de nuestras afirmaciones se produjo en el propio territorio republicano, concretamente en el sector nordeste. Cataluña había sido considerada una región conflictiva para los intereses del movimiento comunista español semanas antes del inicio de la guerra, tal y como había constatado Jesús Hernández. Esos vaticinios ahora se habían convertido en contundentes realidades, generando una dinámica estatal que alejaba a los sucesos de Cataluña de un carácter simplemente regional. En otras palabras, el nordeste republicano había puesto en jaque la validez práctica del proceso de creación del partido único del proletariado español. Su principal responsable respondía a las siglas siguientes: Partit Socialista Unificat de Catalunya (PSUC).

La segunda ciudad del territorio republicano había visto nacer una nueva organización política coincidiendo con los últimos coletazos del fracaso de la sublevación militar. El PSUC había hecho su aparición pública el 24 de julio de 1936 en Barcelona ciudad. La nueva formación era resultado de un largo proceso de creación, en el cuál habían confluído los principios frentepopulistas del VII Congreso de la IC, pero también los efectos de unidad proletaria generados a partir del fracaso de la revuelta de octubre de 1934 y la voluntad de acabar con la hegemonía anarco-sindicalista dentro del movimiento obrero catalán¹⁰. No obstante, su originalidad se encontraba en la fusión de los cuatro partidos que lo habían generado: dos organizaciones comunistas, el Partit Comunista de Catalunya (filial regional del PCE) y el Partit Català Proletari (organización mezcla de nacionalismo y comunismo); y dos organizaciones socialistas, la Unió Socialista de Catalunya (partido nacionalista, inserido en un proceso de cierta radicalización hacia la izquierda) y la Federació Catalana del PSOE (filial del PSOE en Cataluña). Los cuadros directivos y la militancia del nuevo partido se mostraban mayoritariamente orgullosos del hito conseguido. El término *unificados* era utilizado

10. El desarrollo de los diferentes factores que condujeron al nacimiento del PSUC pueden consultarse en el clásico MARTÍN RAMOS, J. L.: *Els orígens del Partit Socialista Unificat de Catalunya (1930-1936)*. Barcelona: Curial, 1977; así como en una aproximación más reciente en PUIGSECH, J.: *Nosaltres, els comunistes catalans. El PSUC i la Internacional Comunista durant la Guerra Civil*. Barcelona: Eumo, 2001, pp. 31-39.

por la inmensa mayoría de ellos para definirse a sí mismos, pero también para caracterizar la idiosincrasia de su formación política. En otras palabras, ante todo eran integrantes de un partido resultado de la unificación socialista y comunista. Y, más aún, se consideraban legitimados por el propio movimiento comunista español —e internacional—, en la medida que la filial catalana del PCE había sido una de las cuatro organizaciones que había formado parte del proceso de creación y de nacimiento del nuevo partido. Por todo ello, los integrantes del PSUC se consideraban el primer paso en el proceso de construcción del partido único del proletariado español. Desde su óptica, el nuevo partido unificado español por el cuál estaban trabajando desde hacía tiempo Hernández, Pepe Díaz, Dolores Ibárruri, Dimitrov, Losovski y un sin fin de dirigentes comunistas españoles e internacionalistas, había dado su primer paso efectivo en la zona catalana... y ahora simplemente debía continuarse en el resto del territorio republicano español¹¹.

La dinámica estatal que generó este suceso en el nordeste peninsular llevó al PCE, y con él la IC, a entrar en acción rápidamente. Recordemos que la voluntad inicial de la dirección del PCE era favorable a la unificación en Cataluña. Primero, porque formaba parte del proceso general español; segundo, porque permitiría superar la escasa presencia comunista en esta zona de la República; y, tercero, porque facilitaría en la zona republicana la tarea de diluir la presencia del Partido Obrero de Unificación Marxista (POUM), en la medida que era considerado el enemigo trotskista¹². Pero esta voluntad inicialmente favorable acabó topando rápidamente con un muro de notables dimensiones: la consolidación del experimento realizado en Cataluña pasaba por acatar las disposiciones realizadas desde la dirección del PCE y la IC. Fue precisamente aquí donde se evidenció la incompatibilidad entre la práctica realizada en el nordeste republicano y la teoría desarrollada desde Madrid y Moscú. Por ello, la reacción inmediata y conjunta de los dirigentes del PCE, así como de los delegados de la IC en España, fue desautorizar y deslegitimar el nacimiento y la génesis del PSUC. Los argumentos presentados para ello fueron amplios y se alargaron cronológicamente hasta mayo de 1937. Por ello, les dedicaremos las siguientes líneas.

En primer lugar, la dirección comunista estatal consideró que se trataba de un suceso totalmente precipitado en el tiempo, tal y como lo había dejado bien claro a la jerarquía de la IC pocas semanas antes del inicio de la guerra.:

[...] es necesario en Cataluña, sin empujar a la fusión inmediata, orientarse hacia la creación de un partido único, mediante la fusión de los cuatro partidos obreros (Partido Comunista de Cataluña, Unión Socialista Catalana, Sección catalana del Partido Socialista Español y Partido Proletario Catalán).¹³ La precipitación en el nacimiento rompía la consigna estatal de ejecutar la fusión más allá

11. Estas manifestaciones quedaron recogidas a través del órgano oficial de prensa del PSUC, el diario *Treball*, especialmente durante la primera semana de vida de la organización.

12. Así lo manifestó Jesús Hernández a Dimitrov y Losovski en «La situación de España después de...», pp. 32-33.

13. «Decisión sobre la cuestión española», p. 8.

de un plazo de tiempo corto, con el agravante específico que la representación comunista catalana no manifestaba la solidez ideológica y organizativa del resto del territorio republicano¹⁴. Los delegados de la IC en España dieron su apoyo a esta valoración. El argentino Vittorio Codovila constató a sus superiores de Moscú el incumplimiento del condicionante temporal en el nacimiento del PSUC, y le añadió el problema que ello suponía para que el PCE y la propia IC pudiesen controlar el funcionamiento del partido unificado catalán¹⁵.

En segundo lugar, la fusión catalana presentaba una grave hipoteca ideológica. La voluntad del VII Congreso de la IC era crear un partido en el cuál los comunistas controlasen la nueva organización, y donde la presencia socialista correspondiese fundamentalmente al sector izquierdista. Pero en el caso que comentamos no se producía ni lo uno ni lo otro. Los diferentes delegados de la IC se encargaron de hacer llegar a la capital del país de los soviets la escasa influencia que el sector procedente de la filial del PCE en Cataluña presentaba dentro de la dirección del PSUC. Y a ello le añadieron la elevada presencia socialista, la cual cosa se acaba traduciendo en la incapacidad del nuevo partido para hacer frente al movimiento anarquista, al trotskismo, al nacionalismo liberal pequeñoburgués, y a una sospechosa convivencia con el POUM¹⁶.

En tercer lugar, la unificación catalana se había realizado otorgando un fuerte contenido nacional al PSUC, que se traducía en la voluntad de este último de permanecer independiente respecto al PCE. Además, el partido catalán acababa de dar fuerza a sus argumentos considerándose unilateralmente representante legítimo de la IC en Cataluña, rompiendo así el dogma *un estado, un partido*¹⁷.

Estas posturas se mantuvieron inalterables durante el primer año de guerra. El mejor ejemplo en este sentido se produjo durante el Pleno del Comité Central del PCE, celebrado en Valencia entre el 5 y el 8 de marzo de 1937. Pepe Díaz y Dolores Ibárruri fueron los encargados de refrendar las posiciones del comunismo español ante el estado del proceso de creación del partido único del proletariado español. Las dos cabezas visibles del PCE tuvieron que lidiar ante la presión incómoda que ejercía la fusión catalana sobre el proceso general español.

Aunque resulte sorprendente, reconocieron parcialmente la validez de la unificación catalana. Se trataba de una medida coyuntural para intentar desactivar los argumentos procedentes del propio PSUC, que apostaban por desgajar su experimento del resto del territorio republicano. Así, desde la óptica de los unificados

14. En este sentido se acusaba al PCC de presentar una escasa presencia de militantes obreros, una limitada formación ideológica de los componentes, falta de conexión entre la dirección y la base del partido, funcionamiento irregular de sus células, e incapacidad para atraer a nueva militancia, tal y como se recogía en «La situación de España después de...», pp. 31-32.

15. Véase «Sin título», 30-7-36, en RGASPI, F. 495, C. 10a, C. 302.

16. Las manifestaciones más claras en este sentido fueron realizadas por el francés André Marty, en «Sin título», 10-10-36, en RGASPI, F. 495, C. 20, C. 270; y «Notas sobre el PCE», 11-10-36, en RGASPI, F. 495, C. 10a, C. 209.

17. Consultar los números 4 y 8 de *Treball*, correspondientes al 24-7-36 y al 30-7-36 respectivamente.

catalanes se afirmaba que su formación formaba parte del primer escalón en el proceso de creación del partido único del proletariado español. Y mientras la unificación no se realizase en el resto del territorio republicano, se consideraban legitimados para actuar independientemente de las órdenes del PCE, en la medida que éste último no era un partido unificado, sino comunista. Así, pues, sólo cuando se hubiese consumado la unificación entre comunistas y socialistas en el resto del territorio republicano, los unificados catalanes accederían a integrarse en otro partido que no fuese el propio y acatarían las órdenes pertinentes de carácter estatal¹⁸. Pero la respuesta de Díaz e Ibárruri fue considerar que los objetivos de fondo de una y otra organización eran los mismos, o sea, conseguir la unificación entre comunismo y socialismo en el conjunto del estado español. Por este motivo, debían trabajar unidos para conseguir el objetivo establecido, al margen de la provisionalidad que suponían el carácter del PSUC como partido unificado y el del PCE como comunista¹⁹. No obstante, la cúpula directiva del PCE tendría que esperar hasta mayo de 1937 para poder empezar a llevar a la práctica sus propuestas teóricas.

NUEVAS ESPERANZAS... PERO SIN LLEGAR A BUEN PUERTO: MAYO 1937-ABRIL 1939

La postura práctica mantenida por el comunismo español acabó variando después del primer año de guerra. El devenir de la evolución política en la zona republicana a raíz de los sucesos de mayo de 1937 encumbró el PCE a un lugar de privilegio dentro de la estructura del estado republicano. El comunismo español quedó encumbrado a un papel de primer orden en el funcionamiento del Gobierno de la República y en el conjunto de las esferas estatales. Esta dinámica le garantizaba el control de buena parte de las acciones realizadas bajo su supervisión. Por todo esto, el PCE abordó la reapertura del proceso práctico de creación del Partido Único del Proletariado Español. Incluso llegó a plantearse un horizonte cronológico: ejecutarlo en un plazo de tiempo relativamente cercano, aunque sin provocar una unificación final acelerada.

Pasionaria se encargó de transmitir oficialmente a la dirección del PSOE el cambio de rumbo adoptado por el PCE, durante el Pleno del Comité Central del PCE celebrado el 17 de junio de 1937²⁰. Según la dirigente comunista, después de mayo de 1937 se daban las condiciones necesarias para llevar a cabo la fusión

18. La ampliación detallada de esta argumentación puede seguirse tanto a través de las resoluciones de la dirección del PSUC, como mediante las manifestaciones recogidas por el órgano de prensa de los unificados catalanes. Respecto al primer caso, véase «Resolució sobre la situació a Espanya i Catalunya i les tasques del Partit Socialista Unificat de Catalunya en la guerra nacional contra el feixisme», febrero de 1937, en Archivo Histórico del Comité Central del Partido Comunista de España (AHCCPCE), Carpeta 19; y, respecto al segundo caso, véase *Treball*, núm. 197, 7-3-37, p. 5 y núm. 198, 9-3-37, p. 5.

19. Las tesis expuestas por la dirección del PCE pueden ser consultadas ampliamente en *Treball*, núm. 174, 9-2-37, p. 4.

20. El discurso íntegro de Ibárruri puede consultarse en *Treball*, núm. 290, 24-6-37, p. 3.

entre su PCE y el partido de los socialistas españoles. El argumento esgrimido para ello era que sólo el partido único del proletariado español estaba capacitado para guiar por el camino de la victoria militar a los obreros y campesinos republicanos. El devenir de la guerra estaba sentenciado sin su existencia. Otra vez la evolución del frente militar dictaba el devenir de los pasos adoptados por la dirección comunista.

Pedro Checa fue quien representó mejor los nuevos aires que soplaban en la dirección del PCE²¹. El dirigente español constató para sus superiores de Moscú que se habían reprendido con una intensidad notable los contactos con el PSOE a finales de 1937. Pero lo ensalzó excesivamente, llegando a asegurar eufóricamente que las militancias locales de las provincias de Jaén, Almería y Albacete habían establecido contactos cercanos a la fusión final con el socialismo; que los comités de enlace de ambos partidos funcionaban a pleno rendimiento en toda la zona republicana; y que el comité nacional de enlace actuaba regularmente como órgano de coordinación para la actividad política de ambos partidos. Ahora bien, ciertamente el proceso de cara a la fusión comunista-socialista se había reactivado. Y se cimentaba en una doble base. Por un lado, se había potenciado la atracción y los contactos con el campo socialista, a través de una voluntad formal de consenso con este último. Y, por otro, se había llevado a cabo un implacable análisis del estado actual de las fuerzas internas del PSOE, con el objetivo de detectar los núcleos socialistas que merecían la confianza comunista y, por supuesto, la base a partir de la cual ejecutar el proceso de fusión.

Esta rectificación de la dirección comunista, apostando por el consenso con el socialismo, era resultado de un cambio de imagen del movimiento comunista. El PCE intentaba desasociarse del proceso de absorción sobre el movimiento socialista que planteaba el VII Congreso de la IC. Para ello no dudó en presentar un par de gestos nada irrelevantes: 1) La propuesta de la denominación del futuro partido resultante de la fusión, que respondería a la terminología *Partido Socialista y Comunista Unificado*. El término *socialista* ocuparía un lugar prioritario respecto al *comunista* en términos de orden, elemento clave para limar desconfianzas en el sector socialista poco favorable al acercamiento con el movimiento comunista; 2) se comprometía a la doble vinculación internacionalista del nuevo partido, rompiendo así el dogma de exclusiva vinculación a la IC, ya que afirmaba que el «[...] partido unificado mantenga simultáneamente las relaciones con la Tercera y la Segunda, luchando por unificar esas dos»²².

La dirección comunista reconoció que la militancia y los cuadros socialistas presentaban reticencias ante la unificación final, a pesar de los gestos anteriores. Estos últimos temían ser engullidos por el nuevo partido unificado, perdiendo buena parte de sus cargos como cuadros dirigentes, y quedando diluidos en

21. Los informes del dirigente español fueron remitidos a la dirección de la IC, y pueden consultarse en las referencias «Cuestiones que hay que resolver», 8-9-37, en Archivo Militar Estatal Ruso (RGVA), Fondo 33987, Circunscripción 3, Caso 1033; y «Algunos hechos sobre la situación en España», finales 1937, en RGVA, F. 33987, C. 3, C. 961.

22. «Cuestiones que hay que resolver», p. 123.

buena medida por la creciente militancia comunista. Además, tampoco podemos obviar que entre más de un militante socialista existía la percepción que las propuestas de consenso generadas desde la dirección del PCE no dejaban de ser manifestaciones y propuestas con un contenido más de forma que de fondo, más superficial que de contenido.

Los análisis realizados sobre los núcleos socialistas en los cuáles apoyar el proceso de fusión no alimentaron esperanzas mayores de éxito. El PCE había apostado por intentar la fusión con el ala largocaballerista durante la primera parte del conflicto bélico, pero ahora esta percepción había cambiado. El sector largocaballerista pasaba a ser considerado una secta radicalizada, con decreciente presencia entre las bases militantes socialistas y con un núcleo de apoyo anclado en la vieja militancia socialista, que le había conducido a defender los contactos con los trotskistas y anarquistas. Por ello, la realidad actual requería identificar el sector socialista que representaba el espíritu de la izquierda socialista que en otro tiempo había sido otorgado al largocaballerismo. La solución se encontró en el colectivo encabezado por Álvarez del Vayo, complementado con el apoyo de figuras relevantes como Bugida y Peña. A partir de aquí, los puntos de apoyo para el PCE empezaban a manifestar desconfianzas, aunque existía una manifiesta voluntad de rebajar sus prejuicios. En este sentido, las siguientes palabras de Checa son representativas, ya que la línea prietista salía mucho mejor parada que en anteriores ocasiones:

[...] Lamoeda y Vidarte, aunque declaran su solidaridad política con el Partido Comunista, cooperan con ciertas maniobras destinadas a obstaculizar esa unificación. Cordero y Anastasio de Garcio, viejos socialistas, aceptan la unidad como un sacrificio inevitable. Prieto declara por doquier que no se interpondrá en el camino de la unidad, pero teniendo en cuenta su carácter individualista y pequeño burgués, sus vínculos con los círculos liberales y las capas pequeño burguesas, no se puede descartar que en el momento decisivo de la unificación comience a plantear obstáculos o a intentar separarse de un partido unido²³.

Ahora bien, esta reactivación del proceso de creación del partido único del proletariado español quedó colapsada a finales de mayo de 1938. La dirección comunista rápidamente otorgó al PSOE la responsabilidad del estado de coma en el cuál había entrado el proceso de fusión. Y aunque parezca sorprendente, su interpretación no distorsionaba la realidad. El grueso de la dirección socialista había optado por dejar congelado el citado proceso, cambiando así las tornas respecto al primer año de guerra, durante el cuál el grupo comunista había sido el principal ejecutor de la paralización de los contactos. Una doble causalidad explicaba esta reacción. Primero, la negativa evolución militar de la Guerra Civil, ya que buena parte de los dirigentes socialistas eran conscientes del final desastroso que le esperaba a la República y por ello preferían centrar sus esfuerzos en articular los meses finales de la resistencia militar, a dedicar sus esfuerzos a proyectos

23. «Algunos hechos sobre la situación en España», p. 55.

de futuro más o menos lejano en la retaguardia. Y, segundo, las crecientes reticencias que existían dentro del grueso del aparato directivo y militante de base socialista respecto a una fusión que podía ser interpretada como absorción.

El testimonio que mejor nos aproxima a esta realidad corresponde a una de las voces más autorizadas, Juan Negrín²⁴. Este último, durante una entrevista realizada a finales de 1938, transmitió a las autoridades vinculadas con la IC, las motivaciones que habían llevado a la dirección del PSOE a paralizar el contacto con el movimiento comunista: la evolución de la guerra había encorsetado el avance del proceso de unificación, hasta el punto que podía darse por totalmente estancado; y las desconfianzas históricas del socialismo hacia el comunismo habían hecho el resto. La convicción del fracaso final de la República llevó a Negrín a aventurarse a prever cuál sería el futuro del proyecto de unificación una vez iniciado el exilio. Según su visión, la cúpula socialista se negaría a una fusión con el comunismo, ya que ésta sería contemplada como un proceso de absorción. Es más, en todo caso el bloque socialista se decantaría por un acercamiento a los partidos liberales republicanos, que le ayudasen a deslegitimar la viabilidad y validez de cualquier hipotética fusión con el comunismo español.

Las observaciones realizadas por Negrín fueron confirmadas rápidamente desde la óptica comunista. La cúpula directiva del PCE se encargó de achacar la culpabilidad del fracaso del proceso de fusión al movimiento socialista y, más concretamente, a su sector largocaballerista. Ya hemos visto que desde mayo de 1937 el sector largocaballerista era considerado aliado de los trotskistas y anarquistas, y en menor medida de los prietistas. Resultaba fácil considerarlo el motor de la dinámica negativa que se había generado dentro del PSOE respecto a la fusión con el movimiento comunista. Las armas utilizadas para ello fueron campañas de propaganda anticomunista entre las bases socialistas, así como entre la dirección del partido. Además, la preocupación comunista se encontraba en la creciente presencia del sector largocaballerista dentro del PSOE, tanto en la dirección como en los cuadros medios, especialmente desde la celebración del Pleno del Comité Nacional de la organización socialista en agosto de 1938. Por todo ello, la conclusión final era que el proceso de fusión se encontraba especialmente debilitado en el ámbito regional, precisamente donde actuaban con mayor eficacia los cuadros medios largocaballeristas. Las valoraciones realizadas por la dirección comunista española fueron transmitidas rápidamente a sus superiores de Moscú, vía Ernö Gerö (*Pedro*), uno de los delegados más controvertidos de la IC en España²⁵.

No obstante, las filas socialistas tenían motivos justificados para temer la absorción del PCE ante una hipotética continuación del proceso de unificación obrera estatal. El tratamiento que el comunismo español estaba dando al experimento unificado realizado en Cataluña así lo demostraba.

24. El citado contacto puede consultarse en la referencia «Conversación con Negrín el 10 de diciembre de 1938», 10-12-38, en RGVA, F. 33987, C. 3, C. 1081.

25. «Sobre la situación actual y las tareas en España», 25-11-38, en RGVA, F. 33987, C. 3, C. 1081.

La dirección del PCE, con el apoyo incondicional de los agentes de la IC en España, inició a partir de mayo de 1937 una intensa ofensiva para zanjar definitivamente la bomba de relojería que suponía el PSUC. Para ello se marcó el objetivo de reconducir inmediatamente el carácter unificado de ese último, llevándolo hacia el de una organización comunista que se convirtiese en su sumisa filial en Cataluña. Este proyecto tuvo como arquitectos principales a los dos máximos agentes que Moscú tenía en el territorio republicano a partir de mayo de 1937, el italiano Palmiro Togliatti y el búlgaro Stepan Minev. La dirección del PCE, con Díaz e Ibárruri a la cabeza, acababa de completar la ecuación. La variedad de instrumentos utilizados para este objetivo fue amplia. Merecen destacarse especialmente la presión propagandística para convertir la dirección del PSUC en una dirección *marxista-leninista-estalinista*; la exigencia de contar con la presencia y participación del Buró Político del PCE en todos los congresos del PSUC; el aumento de las críticas hacia el supuesto carácter nacionalista pequeño-burgués del experimento catalán; el aumento de la colaboración y el trabajo común entre los militantes y los órganos directivos del PCE y PSUC, aprovechando especialmente que el Gobierno de la República ya se había trasladado a Barcelona y, con él, el grueso del aparato del PCE²⁶.

El punto culminante de este proyecto se produjo entre enero y febrero de 1938, cuando Joan Comorera, secretario general del PSUC, tuvo que presentarse en Moscú por orden del Comité Ejecutivo de la IC. Las presiones ejercidas por la cúpula del PCE llevaron a Comorera a no tener más remedio que comprometerse a aceptar la transformación de su partido unificado en un partido comunista estalinista. Y aunque el líder catalán consiguió detener provisionalmente la transformación del PSUC en la filial del PCE en Cataluña, no pudo evitar que la cúpula directiva del PCE acentuase su trabajo de erosión de la autonomía del PSUC respecto al PCE²⁷. Los meses posteriores a marzo de 1938 llevaron adheridos el componente de una creciente tensión entre PCE y PSUC ante el constante, y cada vez más efectivo, proyecto asimilacionista del primero²⁸.

En definitiva, el final de la Guerra Civil llevó aparejada la desaparición del espejismo del partido único del proletariado español. La responsabilidad principal del citado fracaso se gestó dentro de las filas del PSOE durante la última parte de la guerra. No obstante, no debemos olvidar que el PCE no quedó exento de

26. El conjunto detallado de estas medidas se encuentran en «Informe del Partido sobre la situación de España después de la formación del Gobierno Negrín», finales de mayo 1937, en AHCCPE, Carpeta 19; «Proyecto de Resolución», 12-5-37, Carpeta 19; «Sin título», en RGASPI, 22-5-37, F. 495, C. 10a, C. 222; «Informe sobre la situación de España», en RGASPI, 20-9-37, F. 495, C. 2, C. 256; «Sin título», en RGASPI, 21-11-37, F. 495, C. 174, C. 210; y «Relaciones orgánicas entre el Partido Comunista de España y el Partido Socialista Unificado de Cataluña», en AHCCPE, enero de 1938, Carpeta 19.

27. Los acuerdos establecidos entre Comorera y la dirección de la IC pueden extraerse a partir de la autoconfesión del primero, recogida en «Informe del camarada Comorera sobre el Partido Socialista Unificado de Cataluña», 20-2-38, en RGASPI, F. 495, C. 74, C. 215.

28. Véase «Sin título», en RGASPI, 23-3-38, F. 495, C. 10a, C. 227; y «Normas para el trabajo común del Partido Comunista de España y el Partido Socialista Unificado de Cataluña», en AHCCPE, 18-7-38, Carpeta 19.

dicha responsabilidad, de forma secundaria durante la segunda parte del conflicto armado, y como principal protagonista entre julio de 1936 y mayo de 1937. Así, pues, las distancias que debía acortar dentro del movimiento obrero, el inicio de la guerra en España, acabaron aumentadas al final del conflicto bélico y sin posibilidad alguna de rectificación. La fractura que provocó la Guerra Civil dentro de la población civil acabó siendo igual de profunda dentro del sector del movimiento obrero representado por el movimiento comunista y el socialista. Triste final para una guerra trágica.